



la vuelta a los orígenes como en Godard o Fassbinder o la aplicación absoluta de todos los recursos obtenidos hasta ahora, sino la aplicación escénica del malestar de la cultura en un tercer camino autónomo; el cinematógrafo es la desnudez del cine. La verdad está cercana.

Lecturas

Imágenes de *Sur*

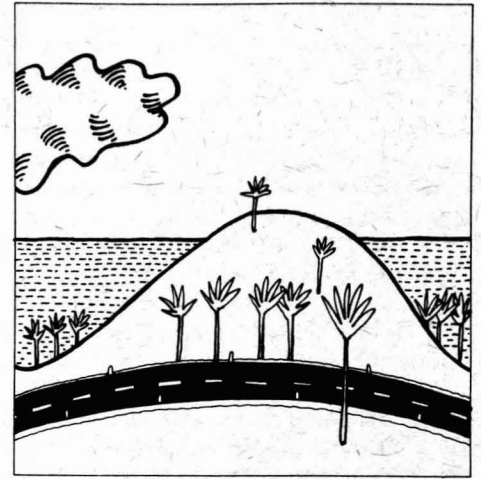
por María Luisa Bastos

Trabajé como redactora de la revista de Victoria Ocampo desde 1961 hasta 1967. Llegué a *Sur* —recomendada a Victoria por Enrique Pezzoni y acompañada por él mismo— una tarde de abril de 1961. Se había producido una temporaria separación geográfica entre *Sur* revista y *Sur* editorial. La vieja casa de la calle San Martín y Viamonte —tantas veces mencionada y descrita por Victoria, por visitantes ocasionales o habituales, y aun por extranjeros que vivieron allí como Roger Caillois— había sido demolida. En su lugar se levantó un edificio de oficinas. La redacción de la revista estaba en Tucumán 685, en un dúplex del segundo piso de una casa de departamentos de Victoria, uno de los primeros edificios con frente de ladrillos a la vista que se hicieron en Buenos Aires. Durante varios años, Victoria hablaba angustiada, casi a diario, con el arquitecto de la nueva casa de la calle Viamonte cuya

terminación se demoraba más de lo previsto: “No puedo esperar, no tengo tiempo”.

Cuando llegué a *Sur* con Enrique Pezzoni, Victoria estaba en el departamento —dos cuartos, cocina y baño, en dos pisos— con Héctor Murena, entonces gerente de la editorial. Victoria y Murena intercambiaron chistes privados; su relación, sin embargo, estaba destinada al deterioro. En vez de chistes privados, en los años siguientes me tocaría escuchar quejas mutuas de una hacia el otro, de uno hacia la otra. Las quejas desembocaron en ruptura.

Le caí bien a Victoria; había que hacer la revista. Empecé a ocuparme de la redacción en mayo de 1961. En rigor, no había que hacer la revista: se trataba de continuar la labor casi milagrosa que José Bianco había llevado a cabo desde 1938. Victoria ha señalado muchas veces que el período en que Bianco estuvo a cargo de la redacción de *Sur* —veintitrés años— fue el más brillante, el que dio prestigio internacional a la revista. Para mí, hojear en la calle Tucumán los números encuadernados de la colección de *Sur* fue una sucesión de asombros. El asombro —la admiración— no tenía que ver tanto con los nombres de los colaboradores, la calidad, el interés, o el valor histórico de los textos sino sobre todo con la coherencia, con el sentido de la contemporaneidad, con la ausencia —tan inusitada en publicaciones de lengua española— de engolados amaneramientos escolares. Mantener, tratar de mantener esa tónica, ese equilibrio entre lo *seguro* —lo afirmado por el prestigio justificable— y lo nuevo no fue siempre fácil. Pero no fue una empresa solitaria: Pezzoni y Murena participaban activamente, aportando ideas, trazando proyectos que se comentaban, se discutían, se aprobaban o se desechaban, y en esos años se publicaron por primera vez otros escritores nuevos, especialmente hispanoamericanos. Victoria solía pedir directamente colaboraciones a personas que le interesaban; no necesariamente personajes ilustres, como se ha solido afirmar con cierta dosis de verdad y mucha ligereza. Otras veces, comentaba, característicamente: “X parece inteligente, habría que pedirle algo para *Sur*”. Nunca le oí decir: “No quiero que Z escriba en la revista”, lo cual, por cierto, no significa que le gustara todo lo que se imprimía en *Sur*. Como lectora apasionada, Victoria fue fiel a sus escritores, y esa continuidad da cuenta de reiteraciones, acaso insistentes hasta el exceso, a lo largo de la



vida de *Sur*. Sin embargo, esa fidelidad no excluía reconocer lo nuevo. Cronológicamente, no se podía decir que Victoria era joven cuando empecé a trabajar en *Sur*. Lo era —lo fue hasta el fin— en un sentido esencial: tenía conciencia de que la movilidad es la esencia definitiva de la vida. En la década de 1960, junto con la expansión del fondo de la editorial *Sur*, nombres nuevos se incorporaron a la revista. Nombres nuevos significaron presencias nuevas en el ámbito de la redacción, y de las reuniones de San Isidro, prolongaciones de *Sur*. Para recordar uno sólo: en 1962 la editorial *Sur* publicó *Arbol de Diana* de Alejandra Pizarnik, que ya había colaborado en la traducción de la *Obra Completa* de Salvatore Quasimodo, también publicada por *Sur*. En cuanto Alejandra Pizarnik volvió de París, donde había vivido un par de años, Victoria quiso conocerla.

No todos los miembros del comité de colaboración frecuentaban asiduamente la revista. La primera reunión completa que recuerdo se hizo para tomar una fotografía que *Life* en español incluyó en un artículo autobiográfico que le pidieron a Victoria al cumplirse los treinta años de *Sur*. Cuando fui a buscar las copias de la fotografía que Victoria mandó hacer para cada uno de nosotros, el fotógrafo de la calle Maipú a quien se las había encargado me preguntó con absoluta seriedad si se trataba de los miembros de una orquesta. Poco antes, Borges había llegado una tarde, solo, con un sobre de textos en la mano: su selección para la *Antología personal*. “Buenas tardes, yo soy Borges”, me dijo con modesto convencimiento de que tenía que presentarse antes de entregar el material para el libro. Algunos años después —*Sur* ya estaba en el local de Viamonte

494— me pidió que por favor le leyera las pruebas de un artículo suyo. Se sienta frente a mí, con humildad (no hay otra palabra, salvo, acaso, resignación). Empiezo a leer: Borges se transfigura, no sólo sabe el texto de memoria, es el texto. Humildad es el término adecuado para expresar mi sensación al terminar esa lectura: al recibir el original, había pensado que Borges se repetía. Pero Borges no se había repetido, *había sido* su palabra, la “palabra esencial” de que habla Maurice Blanchot, privilegio que pocos escritores detentan.

Otros colaboradores de años atrás visitaban con regularidad la revista, para llevar trabajos originales y —algunos— para aceptar la tarea más modesta de reseñar libros. Eduardo González Lanuza y Mario Lancelotti escribían, generosos de su tiempo, notas de lectura prácticamente para cada número. Muchas veces sus visitas a la redacción no se limitaron a la entrega de trabajos. En noviembre de 1963 —Victoria estaba en Nueva York— González Lanuza se enteró, en la calle, de la muerte de Kennedy: llegó a *Sur* para compartir conmigo su desconcierto. Alberto Girri recomendaba poetas, llevaba a la redacción poemas suyos o ajenos, sugería y hacía traducciones de poetas norteamericanos. Escritores y críticos más jóvenes habían empezado a colaborar en *Sur* poco antes de que José Bianco dejara la redacción; dos de ellos, Edgardo Cozarinsky y Jorge Andrés Paita, fueron pacientes visitantes habituales: no siempre encontraban a Victoria, y solían acabar ayudándome a corregir pruebas. Mencionar más nombres sería, inevitablemente, caer en omisiones injustas; muchos de los autores de reseñas estuvieron entre los más asiduos visitantes de la redacción de *Sur* y, en esos años, algunos de ellos hicieron en esas reseñas sus primeras armas como críticos literarios.

Victoria llegaba a *Sur* a las tres de la tarde, casi siempre terminando de comer una tableta de chocolate. Gran madrugadora, no escribía en *Sur*: la escritura era trabajo de las mañanas, en San Isidro. En *Sur* contestaba cartas, aprobaba sumarios para números futuros; planeaba, incansablemente, números monográficos o especiales de la revista: sólo años después, algunos llegaron a materializarse. También solía llevar textos en los que estaba trabajando: quería una opinión franca sobre ellos. En *Sur* planeó la colección de traducciones de obras maestras que por su iniciativa publicó el Fondo Nacional de las Artes. Otras veces recibía a visitantes que lo eran

en un sentido más amplio: Enrique Anderson Imbert, que llegaba de Estados Unidos en los inviernos; Michel Butor y Alain Robbe-Grillet, invitados a un congreso del PEN Club; Rafael Lapesa, que había participado en una reunión académica; Klaus Mayer-Classon, entusiasta traductor alemán de escritores hispanoamericanos. Después de años, Roger Caillois había vuelto a Buenos Aires: iba a dar una conferencia en español, y le era imposible pronunciar la palabra abejorro. Esa imposibilidad causaba la hilaridad levemente irritada de Victoria: “Si no puede decir la palabra, ¿por qué no cambia de insecto?”

Lo que se llama “relación profesional” no existía con Victoria. Yo trabajaba a su lado, y quiso conocerme. Muchas tardes de sábado o domingo del otoño de 1961 fui sola a San Isidro. Imponente y tímida, Victoria daba el máximo en *tête-à-tête*. Me contaba cosas; no puedo separar el recuerdo de mi trabajo en *Sur* de las imágenes de esas tardes en que Victoria hablaba

de asuntos a veces muy alejados de lo literario pero en los que jamás faltaba algún elemento estético. Inseparable de mi experiencia literaria de esos años es otro recuerdo de un encuentro a solas con Victoria, un fin de semana, en su casa de Mar del Plata. Me leyó ella buena parte de sus Memorias inéditas; me sumergí después en el resto de los originales. Esa obra —sin duda de lo más valioso de la literatura autobiográfica argentina— está concebida y lograda con talento de novelista. Parte de esas Memorias son, entre algunos escritos publicados de Victoria, los que produjo en homenaje a sus muertos queridos o admirados. Imágenes vivas, refractadas en una escritura cuya cualidad sobresaliente es la vivacidad, son lo contrario de los textos de ocasión que se producen al morir alguien, tan curiosamente parecidos a la muerte.

Mi *collage* apresurado aspira a rescatar fragmentos mínimos de un tramo de la larga vida de la revista de Victoria. Sin duda, no tiene ni la gracia ni la espontaneidad de los textos suyos. Simplemente, esos fragmentos han sido suscitados por el intento de estampar recuerdos no como episodios clausurados, sino como imágenes activas de este sector de la memoria que es nuestra vida.



Libros

Sastrerías

Samuel Walter Medina:
Sastrerías,
Ediciones Era,
serie Claves, México, 1979, 109 pp.

por Raúl Casamadrid

¡Oh! Mr. Fixman, jamás pensé que las cosas llegaran a este punto...
Roxy Crimson:

Canciones de amigo

A eso de las 4 de la madrugada tomé el libro. Bueno, dije, ahora voy a leer un rato. Cuando sonó el despertador, como a las 5 y media, caí en la cuenta de que me había quedado dormido con un cigarro en la boca. Miré a Van Gogh con sombrero de paja sentado sobre una barda de piedra mexicana. Luego agarré y dije: bueno, mejor voy a seguir con lo del libro, que es lo